

Ariel

LADRONES DE ARTE

Ana Trigo

Robos célebres
de grandes
obras

26 DE NOVIEMBRE
A LA VENTA



MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Erica Aspas | RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
689 77 19 80 | espas@planeta.es

SINOPSIS

Una lectura absorbente que arroja luz sobre uno de los delitos más lucrativos y desconocidos del mundo: el robo de arte

Casi tan antiguos como la propia humanidad, los robos de arte se remontan hasta los orígenes de los primeros grandes imperios. Desde entonces, nos fascinan y repelen por igual, pero, ¿qué se esconde tras ellos? ¿Por qué se roba el arte? ¿Qué ocurre con las piezas robadas? ¿Existen realmente los robos por encargo? ¿Cómo funciona el mercado negro del arte? Encontraremos respuesta en este apasionante recorrido a través de cincuenta robos y saqueos que han determinado el rumbo de la historia. Pero, sobre todo, intentaremos dar respuesta al mayor enigma de todos, ¿por qué, a pesar de que la mayoría de nosotros nos encontramos del lado bueno de la historia, nos resultan tan fascinantes?

LA AUTORA



Ana Trigo es tasadora de arte, antigüedades y libros antiguos. Licenciada en Humanidades (especialidad en Patrimonio Histórico-Artístico) y graduada en Derecho, ha cursado másteres en Tasación y Valoración de obras de arte y en Museología y Museografía, entre otros estudios superiores de arte. También ha trabajado en varias galerías y casas de subastas internacionales, y es autora de varias novelas, así como de obras de no ficción, entre ellas, *Joyas Malditas* o *Cómo invertir en arte con éxito*.

ALGUNOS EXTRACTOS

PRÓLOGO

«El 10 de abril de 2003, Bagdad ardía envuelta en el caos. [...] Robos, asesinatos y violaciones se sucedían sin control en ausencia de fuerzas de seguridad capaces de poner orden. El fin del mundo parecía amenazar la antigua capital, indefensa y vulnerable.

Esa misma noche, **el Museo Nacional de Irak, uno de los más importantes del planeta por el inmenso valor de sus piezas, fue asaltado por bandas de saqueadores profesionales perfectamente organizadas.** Sabían lo que buscaban y poseían información interna sobre los almacenes y los sistemas de seguridad. Durante las siguientes treinta y seis horas, los asaltantes expoliaron más de quince mil piezas arqueológicas, objetos únicos que habían sido testigos del nacimiento del arte y de las primeras civilizaciones humanas.

Entre ellas, se encontraban la ***Máscara de Warka*, el retrato naturalista más antiguo** que ha llegado hasta nosotros, con más de cinco mil años, la «Tabla V» del *Poema de Gilgamesh*, la **obra literaria continua más antigua que se conserva**, o el *Toro de Ninhursag*, el **único ejemplar ligado a la primera arquitectura sagrada de Ur.** [...] En total, el botín robado superaría con creces los **1.000 millones de dólares.**»

«Mancillaron Irak salvajemente, lo saquearon y destruyeron parte de sus tesoros o los vendieron en el mercado negro. Una inmensa parte de su historia — que es también la nuestra— quedó condenada a la oscuridad **de colecciones privadas forjadas a base del robo y el expolio** de nuestra propia identidad. Aunque algunas piezas se recuperaron, **la mayoría siguen desaparecidas** y es posible que nunca vuelvan a salir a la luz.»

«De todos modos, los **robos de obras de arte en tiempos de guerra** es solo una de las caras de los delitos relacionados con el mundo artístico, que en nuestros días constituye una de las mayores lacras criminales. De hecho, se ha convertido en la **mayor categoría delictiva del mundo después del tráfico de drogas, el blanqueo de capitales y el comercio de armas.** Según datos del FBI, cada año del siglo XXI se han sustraído obras de arte por un valor estimado de 4.000 a 6.000 millones de dólares. **Tan solo el 1,5 por ciento de las piezas sustraídas consigue recuperarse.** En la base de datos de The Art Loss Register, la mayor que existe privada sobre delitos de arte, aparecen registradas más de 700.000 obras robadas que aún no se han restituido. Y esto teniendo en cuenta que no todos los robos del patrimonio artístico se denuncian.»

«[...] Y, por otra parte, no se puede olvidar que hay coleccionistas dispuestos a pagar grandes sumas por una obra a pesar de su procedencia ilícita, los llamados ***gloaters*** en el mundo anglosajón, **personas que ansían tanto una pieza que no dudan en adquirirla a un alto precio aun sabiendo que nunca podrán mostrarla.**»

«Una pintura robada, por ejemplo, puede usarse como permuta en una negociación o venderse para conseguir fondos. En concreto, **la banda terrorista ISIS no duda en traficar con piezas arqueológicas procedentes de los territorios que controlan**, las cua-

les han llegado sin dificultad a los mercados internacionales, una fuente más de financiación para ellos.»

Los saqueos de tumbas en el Antiguo Egipto: la tumba secreta de Deir el-Bahari

Luxor, hacia 1881

«En torno a 1880, Auguste Mariette, el director del Servicio de Antigüedades Egipcias, adquirió un magnífico **ejemplar del Libro de los muertos que había pertenecido a Henuttaui, una enigmática reina de la dinastía XXI**. El texto estaba compuesto por unos caracteres extraordinariamente bien ejecutados y poseía unas imágenes bellísimas, pero lo mejor era que se hallaba en un excelente estado de conservación [...] Eso solo podía indicar que se había encontrado hacía poco, pero **él sabía que la tumba de Henuttaui estaba por descubrir**. Al indagar en el siempre convulso mercado de antigüedades egipcias, descubrió otros papiros similares, todos pertenecientes a miembros de la dinastía XXI, y una serie de joyas de tal calidad que solo podían proceder de la realeza. Enseguida, sospechó que **alguien había encontrado una tumba de manera ilegal y estaba vendiendo las piezas poco a poco**, intentando no llamar la atención. No imaginaba entonces el anciano egiptólogo que sus estimaciones se quedaban muy pero que muy cortas.»

«Su sucesor en el cargo, el egiptólogo francés Gaston Maspero, llegó a Luxor el 3 de abril de 1881. [...] Decidido a descubrir qué había detrás de todo aquello y qué estaba pasando realmente, ideó una **estrategia**. Había ido acompañado de un antiguo alumno, el estadounidense Charles Edwin Wilbour, al que pidió que **se hiciera pasar por un rico coleccionista americano** dispuesto a pagar grandes sumas por piezas de calidad. [...] Así, entre cenas regadas con champán en el Luxor Hotel y té con hierbabuena y canela en la trastienda de las pequeñas galerías, descubrió el gran secreto a voces que circulaba por toda la ciudad: **la familia Abd el-Rassul había localizado una tumba intacta.**»

«A primera hora de la mañana, bajo un sol que ya comenzaba a abrasar sin piedad, el alemán avanzaba por un sinuoso camino escarpado desde el que se dominaba todo el **Valle de los Reyes**. Acababan de adentrarse en una zona conocida como Deir el-Bahari, un terreno repleto de rocas en forma de chimenea, cuando los hermanos se detuvieron ante un pozo de unos trece metros. El mayor de ellos colocó un tronco de palmera en su interior y fue deslizándose por él con ayuda de una soga hasta que llegó al fondo. Burgsch lo siguió, con mucha menos destreza. Una vez abajo, **avanzaron unos setenta metros de rodillas por un corredor bajo y estrecho que se adentraba en la roca**. Cuando llegaron al final, **una cámara se abrió ante ellos**. [...] Por todas partes a su alrededor, se desplegaba una **infinidad de tesoros**: estatuillas funerarias, esculturas, cofres para vasos canopes, sarcófagos de madera, piezas de mobiliario... Sin embargo, aquello no era todo. Mohammed le indicó que girara a la derecha y, entonces, se adentraron en **otro corredor**, ese más ancho y alto, aunque también repleto de todo tipo de objetos egipcios de gran belleza.

Cuando llegaron a la cámara que aguardaba al final, Burgsch dejó escapar una exclamación de asombro. Ante él, **yacían decenas de sarcófagos de una calidad excepcional**. Se acercó a ellos y, al advertir los nombres de sus ocupantes en jeroglífico en los cartuchos, comenzaron a flaquearle las piernas: **Amenhotep I (el creador del Valle de los Reyes), Seti I, Ramsés, Ramsés II, Ramsés III... y así hasta más de cuarenta momias** que iban desde la dinastía XVII hasta la XXI, entre ellas, las de los gobernantes más poderosos del Antiguo Egipto.»

«**Tenemos muestras de los expolios ya desde la construcción de la primera pirámide**, la de Zoser, de alrededor del año 2670 a. C. La cámara funeraria se emplazó en el lugar más inaccesible y, además, **los pasillos que conducían a ella se rellenaron de escombros**. Aun así, los ladrones lograron llegar a su interior y hacerse con todas las riquezas que custodiaba, incluso se llevaron los restos momificados del faraón.»

«Es importante recalcar aquí que las riquezas que se guardaban en las tumbas reales eran inconmensurables. **La única tumba relativamente intacta que conocemos es la del faraón Tutankamón, descubierta por Howard Carter y su equipo en 1922**. Aun cuando la habían asaltado dos veces, se encontraron en ella 5.398 objetos de una calidad extraordinaria: cofres, joyas, muebles, armas, estatuillas y, por supuesto, el famoso ajuar funerario, que comprendía la máscara de oro y diversos sarcófagos. Y, a pesar de toda esta riqueza, **Tutankamón no dejaba de ser un faraón poco importante** fallecido con solo diecinueve años, sin tiempo para preparar su enterramiento.»

«Debido a importantes retrasos en los pagos y problemas de suministros, los habitantes de esta ciudad sagrada se sintieron abandonados por el Gobierno de Tebas. En esta situación, muchos se rebelaron, conscientes de que, a pesar del descuido con el que los poderosos los trataban, **tenían en sus manos las llaves a los inmensos tesoros que ellos mismos ayudaban a ocultar**. Y, así, las fabulosas tumbas del Valle de los Reyes comenzaron a ser saqueadas por los mismos que habían jurado protegerlas.»

«De hecho, **pocos delitos resultaban tan execrables para los antiguos egipcios como el expolio de tumbas**. Y es que los ladrones no solo se hacían con el ajuar funerario acumulado durante toda la vida del difunto, sino que lo privaban de su derecho a la eternidad. [...] Por lo tanto, **el castigo que esperaba a los ladrones era terrible**. Interrogaban a los sospechosos e incluso los golpeaban con un palo en las plantas de los pies y les retorcían pies y manos. Todo ello quedaba expuesto en largos procesos judiciales. **Para los más afortunados, la sentencia consistía en diversos castigos corporales**, como cortarles la oreja o la nariz, aunque la pena por robo solía ser la muerte, dictada por el faraón. En los papiros Abbott, Amherst y Leopoldo II se relatan fragmentos de varios juicios contra saqueadores y la imposición de la **pena capital**.»

«Incluso los **funcionarios del Estado parecían estar implicados**, ya que, al incrementarse la vigilancia, los ladrones tuvieron que contar con cómplices dentro de la compleja Administración egipcia. **Escribas, jefes locales, guardianes de la necrópolis e incluso sacerdotes aparecen entre los acusados**. Muchos formaron parte activa de los saqueos, mientras que otros se limitaron a aceptar sobornos y mirar hacia otro lado [...].»

«En todo caso, esta práctica no se perdió con el fin de la civilización egipcia. Muchos siglos después, **cuando los árabes tomaron Egipto, se creó la figura de los buscadores**, que tenían permiso para excavar las tumbas milenarias a cambio de una tasa. Y, aún hoy, las excavaciones arqueológicas se enfrentan al riesgo constante de robo.»

La biblioteca perdida de Iván el Terrible

Constantinopla, 1453

«Imaginemos que, durante la destrucción de la gran Biblioteca de Alejandría, no todas las obras se perdieron. Que, durante esa última noche, entre las llamas, el caos y la devastación, cientos de sus textos pudieron ser salvados de perderse para siempre y enviados para su protección al corazón mismo del Imperio romano de Oriente. [...] Una biblioteca que se iría ampliando durante siglos y que contendría todo el saber de la humanidad, atesorado durante más de dos mil años, un puente entre la sabiduría de los antiguos y la Edad Moderna, repleta de textos que quizá podrían cambiar todo lo que creemos saber sobre la historia, la ciencia o incluso sobre nosotros mismos. Y, ahora, imaginemos que esa biblioteca aún existe. [...] **Comienza la búsqueda de uno de los mayores tesoros robados de la historia: la biblioteca perdida de Iván el Terrible.**»

«Cuando la princesa **Sofía Paleólogo** tenía solo cinco años tuvo que huir a Roma junto con su familia. **Su padre era el único heredero superviviente del Imperio bizantino**, cuya capital, Constantinopla, había caído en poder de los otomanos en 1453. [...] Tenía dieciséis años cuando su padre acordó su **matrimonio con Iván III de Rusia, también conocido como Iván el Grande, el primer gobernante del país que llevaría el título de zar**. Se casaron en la catedral de la Ascensión del Kremlin y allí, lejos de su familia, de sus costumbres y de todo cuanto conocía, tuvo que empezar una nueva vida con el hombre más poderoso de aquel país, su nuevo hogar, aunque no lo hizo sola. **Según la leyenda, como parte de su dote, la muchacha llevaba consigo un valiosísimo tesoro compuesto por más de ochocientos volúmenes procedentes de la Biblioteca Imperial de Constantinopla**, sacados de la ciudad antes del terrible asedio a la que la habían sometido los otomanos. Entre ellos, se encontraban manuscritos inéditos en latín, griego y jeroglífico, además de papiros chinos del siglo II d. C.»

«[...] sin embargo, cuando Sofía supo que Moscú había sido asolada varias veces por incendios, decidió **buscar un lugar más seguro para los textos**. Los conservó en el laberinto de túneles subterráneos que se cree que recorren el Kremlin, en concreto, en una **sala de piedra abovedada bajo la iglesia de la Natividad**. Y, en efecto, el tiempo demostró que su intuición había sido acertada, ya que un gran incendio devastó toda la zona un año después. La biblioteca, a salvo bajo la superficie, sobrevivió.»

«No obstante, **es al siguiente zar, el nieto de Sofía e Iván III, a quien la biblioteca debe su nombre y su fama de maldita: Iván IV el Terrible**. Este se quedó huérfano siendo niño y, a pesar de ser el heredero del trono, lo trataron como un mendigo en su propio palacio. Es posible que eso lo alterara mentalmente y que **sufriera secuelas de los malos tratos de su infancia** durante el resto de su vida. Desde el principio, Iván se

sintió fascinado por la biblioteca. De hecho, **la siguiente mención escrita que tenemos de ella tiene lugar durante su reinado.**»

«Según la leyenda, la **obsesión** del zar con la biblioteca no dejó de crecer. Mandó emisarios por todo el mundo en busca de nuevos tesoros e hizo traducir una gran parte de los textos en griego y latín que se encontraban en Moscú. No obstante, **lo que más le interesaba eran los libros ocultistas**, especialmente aquellos sobre magia negra.»

«Según la leyenda — bastante inverosímil—, **ordenó cegar al arquitecto de la catedral de San Basilio para que no pudiera revelar sus secretos ni construir ninguna otra tan hermosa** e hizo algo similar con la biblioteca: eliminó a todos aquellos conocedores de su existencia. También se dice que construyó una serie de pasadizos sin salida y **cámaras secretas** para que todo aquel que intentara encontrarla se quedara atrapado en sus túneles. De hecho, se dice que fue más allá y usó las artes que había aprendido gracias a los textos prohibidos para protegerla con una **maldición**, de manera que quien viera la biblioteca se quedara ciego para siempre.»

«Funcionaran estas estrategias o no, lo cierto es que en **1584**, a la muerte del zar, la Biblioteca Dorada desapareció. **No hay más menciones escritas ni testimonios** y parece que ninguno de los zares siguientes amplió sus fondos.»

«Ya en **1601**, el embajador polaco Lew Sapieha y el jesuita Petrus Arcudius recibieron el **encargo de encontrar la colección** de libros antiguos del zar, pero no tuvieron ningún éxito. Incluso **se cuenta que el Vaticano envió a un emisario** en 1662, Paisius Ligarides, con la misión de dar con aquella biblioteca que, según algunos, rivalizaba con sus famosos archivos, aunque tampoco lo consiguió.»

«En 1822, el profesor Christoph von Dabelow, de la Universidad de Tartu, **aseguró haber encontrado en un archivo en la ciudad de Pärnu, en Estonia, un documento con el título *Manuscritos en poder del zar***. Según Von Dabelow, el informe aseguraba que la colección imperial se componía de más de ochocientos manuscritos, algunos de los cuales procedían de un emperador bizantino desconocido y exponía una relación detallada de su contenido.

Entusiasmado con este hallazgo que parecía ser la prueba de la existencia de la biblioteca, el profesor regresó a su universidad para comunicarlo. Sin embargo, **cuando volvió a Pärnu acompañado de otros profesores, la lista había desaparecido**. Por suerte, Von Dabelow elaboró una escueta relación de los textos que recordaba, la cual se conoce desde entonces por su nombre. La lista incluye el original de la ***Eneida de Virgilio*** y otras obras que han llegado a nosotros incompletas, como la *Historia de Roma* de Tito Livio, la *Historia de Tácito* y las *Historias de Polibio*, además de comedias desconocidas de Aristófanes y textos perdidos de Cicerón.»

«En el siglo XX, se llevaron a cabo varias **expediciones**, la más importante de las cuales fue la del arqueólogo Ignatius Yakovlevich Stelletsii, que excavó en varios lugares, incluido el Kremlin, entre 1912 y 1935. **La búsqueda se reanudó en 1995** por iniciativa

del empresario German Sterligov con el **apoyo del alcalde de Moscú, pero, de nuevo, sin éxito.**»

«Hay un dato curioso, sin embargo, que rebate esta última posibilidad. Recordemos que Wetterman aseguró en su crónica haber presenciado que Iván el Terrible no solo atesoraba libros en las galerías subterráneas, sino también un **arsenal**. Y este es un detalle importante, pues, **mientras realizaban unas obras en el metro de Moscú en 1978, cerca del Kremlin, unos operarios encontraron un sorprendente botín: una serie de armas de fuego de la época de Iván el Terrible**. Luego, si el detalle del arsenal es cierto, ¿lo será también la existencia de la biblioteca?»

El gran robo del milenio: el asalto al Guardamuebles durante la Revolución francesa

París, septiembre de 1792

«En septiembre de 1792, durante la **Revolución francesa**, las calles de París se llenaron de sangre y caos en un estallido de violencia sin precedentes. Más de 1.500 personas murieron a manos de una muchedumbre furiosa. [...] Muy pocos días después, aprovechando esta situación, **tuvo lugar uno de los mayores robos de la historia, que personalmente considero el mayor del milenio por el elevadísimo valor de las piezas sustraídas**. El botín: nada menos que las joyas de la **Corona francesa**, una colección formada por gemas de una calidad excepcional que se conservaban en la institución creada a tal efecto: el Guardamuebles. Un inventario de la época lo tasó en **30 millones de libras francesas**. Solamente con una de las piedras más famosas, el diamante Azul de Francia (también conocido como «diamante Hope»), valorado en más de tres millones de libras francesas, habría sido suficiente en la época para comprar tres castillos y sus tierras colindantes. **Hoy el Hope está asegurado por 250 millones de dólares.**»

«Más de doscientos años después, **nadie sabe qué ocurrió en realidad**. Algunas investigaciones recientes consideran que la cuantía del robo fue todavía mayor de lo que se cree. Y una curiosa anécdota ocurrida un mes antes da a entender que **el asalto tan solo fue una tapadera** de algo mucho mayor cuyas implicaciones podrían haber cambiado el destino de Europa.»

«Todo había comenzado un año antes. **Luis XVI y María Antonieta**, reyes de Francia, y sus dos hijos pequeños habían sido obligados a abandonar Versalles y vivían recluidos en París, en el palacio de las Tullerías, donde sus movimientos eran muy limitados. En junio de 1791, desesperados por la situación, la familia real, acompañada por algunos criados, intentó huir de Francia, pero los descubrieron a la altura de Varennes y los obligaron a regresar. [...] En este contexto, **la Asamblea Nacional, el órgano de gobierno de la Revolución, decidió mediante decreto desposeerlos de las joyas de la Corona de Francia con el argumento de que podrían usarlas para comprar ayuda extranjera**. En un inventario realizado *ex professo* en ese momento, se registraron 9.547 diamantes, 506 perlas, 230 rubíes y espinelas, 71 topacios, 150 esmeraldas, 35

zafiros y 19 piedras. Entre ellas, se encontraban el famoso diamante Regente, el Bazu y el fabuloso Azul de Francia, de 67 quilates.»

«**Las joyas se trasladaron a la sede del Guardamuebles, el actual Hôtel de la Marine, un soberbio edificio que en ese momento hacía las veces de almacén** para posesiones de la Casa Real y donde se guardaban también armas, muebles, tapices, alfombras y otras posesiones de la Corona. Actualmente, el Hôtel de la Marine (llamado así porque desde la Revolución francesa hasta 2015 fue sede administrativa de la Marina) se encuentra en pleno corazón de París, en la plaza de la Concordia, pero en aquel tiempo **se hallaba casi a las afueras, en una zona rodeada de bosques** conocida por su peligrosidad. La única iluminación exterior consistía en dos antorchas fijadas en los laterales del edificio.»

«Desde su traslado, las joyas se exhibían una vez a la semana y luego se guardaban. Aunque el edificio se encontraba bajo la protección de la Guardia Nacional, **los vigilantes eran civiles, hombres del pueblo sin ninguna formación militar.**»

«Y, entonces, el 11 de septiembre, tan solo unos días después de la masacre, **asaltan el Guardamuebles**. Esa noche, amparándose entre las tinieblas, un grupo de hombres embozados salieron de la espesura del bosque cercano y se dirigieron al edificio. Su líder era Paul Miette, de treinta y cinco años, experto en robos; aunque se encontraba cumpliendo condena, casualmente lo habían liberado durante la masacre. **Provistos de cuerdas, se aproximaron a la fachada, desprotegida, y treparon por ella hasta la primera planta, donde cortaron el cristal de una de las ventanas con ayuda de un diamante**. Después, abrieron un boquete en el muro (cuya marca aún se aprecia desde el exterior) y descolgaron la barra que bloqueaba la persiana. Y, con esta facilidad, sin que nadie los viese, entraron en el edificio que guardaba uno de los mayores tesoros del planeta.»

«**Durante las tres noches siguientes, amparándose en la oscuridad, varias bandas entraron en el edificio y arramblaron con todo** cuanto encontraban a su paso. Miette y sus hombres se habían hecho con las mejores piezas, pero aún quedaba mucho por saquear, había más que suficiente para todos.»

«En cualquier caso, la investigación resultó ser de una eficacia digna de destacar, ya que **en las siguientes semanas se recuperaron tres cuartas partes de lo robado**. El diamante Regente, una de las grandes joyas, se halló entre las vigas del techo de una buhardilla en un humilde edificio en la peor zona de París. De los diamantes Mazarinos, apareció el Gran Mazarino, pero se perdieron muchos de los más pequeños, además del Mazarino III.»

«**El Azul de Francia apareció más tarde en Inglaterra, exactamente veinte años y un día después del robo (justo el tiempo de prescripción del delito) y lo adquirió el futuro Jorge IV**, dando así comienzo al fascinante viaje de esta joya maldita que vio la luz por primera vez en el siglo XVII en las minas de Golconda, en la India, y que acabaría en su ubicación actual, en uno de los museos Smithsonian, en Washington, una de las piezas estrella de la colección.»

«¿Cómo es posible que **ni siquiera enjuiciaran a los responsables** de uno de los mayores robos de la historia [...]? [...] En la actualidad, existen dos teorías. La primera es la más sencilla: afirma que se trató de un **simple robo improvisado** aprovechando la vulnerabilidad del almacén real y que Miette y sus hombres se salvaron por el descontrol del momento en el aparato judicial. Esta teoría no tiene ningún sentido, ya que **el primer robo puso de relieve que los asaltantes conocían a la perfección el edificio y cómo entrar en él**, así como cuáles eran las joyas más valiosas y dónde estaban. [...] Según la segunda teoría, todo fue un **plan orquestado con meses o incluso años de anticipación**. Recordemos que Miette era un experto en robos que se encontraba cumpliendo condena en prisión. Sin embargo, **durante las jornadas de violencia del 2 al 6 de septiembre, justo cuando asesinaron a otros 1.500 presos, él logró huir o lo dejaron en libertad**, y lo mismo ocurrió con sus compinches. Y, tan solo unos días después, llevó a cabo el asalto al Guardamuebles; sabía por dónde entrar y cómo hacerse con las joyas más importantes.»

La Cámara de Ámbar

Palacio de Catalina, Tsárskoye Seló (a unos 25 kilómetros de San Petersburgo), septiembre de 1941

«Cuando los **nazis tomaron Tsárskoye Seló**, Anatoly Kuchumov, el joven conservador a cargo del palacio de Catalina, supo que era el fin, que pocos minutos después, una hora a lo sumo, estarían allí. Durante los últimos días, conocedores de que la invasión era inminente, había procedido a **trasladar las obras de arte más valiosas para ponerlas a salvo** de la codicia de los alemanes, pero nada habían podido hacer para proteger la más valiosa de todas, la que, sin duda, constituía el gran tesoro del palacio y uno de los mayores orgullos del pueblo ruso: la **Cámara de Ámbar**. Se trataba de una bellísima estancia decorada con **más de seis toneladas de paneles de ámbar, además de mosaicos de mármol florentino, incrustaciones de ónix y madreperla y espejos venecianos**. De hecho, se consideraba la **octava maravilla del mundo**.»

«Sabiendo que los nazis ya debían de estar en camino, **ordenó cubrir las paredes con papel pintado y los suelos de mármol con serrín** en un intento desesperado de burlar a los oficiales alemanes. Por supuesto, no funcionó.»

«Apenas tardaron un par de horas en hallar la cámara. Arrancaron el papel pintado y, enseguida, bajo la atenta supervisión de uno de los oficiales, procedieron **a retirar los paneles, una operación que se prolongaría treinta y seis largas horas**; los soldados trabajaron por turnos sin interrupción. Después, los empaquetaron cuidadosamente, junto con mosaicos, espejos y esculturas, en un total de 27 cajas de madera. Luego, los cargaron en un camión y, al final, en un tren rumbo a territorio alemán. Kuchumov jamás dejaría de atormentarse por no haber protegido la Cámara de Ámbar; de hecho, **después de la guerra, iniciaría su búsqueda**.»

«Fue **Federico I, el primer rey de Prusia**, quien encargó el diseño y la construcción de la Cámara de Ámbar como **regalo para su esposa, la reina Sofía Carlota**. Para ello, en

1701, contrató a Andreas Schlüter, uno de los mejores escultores de su tiempo, y a Gottfried Wolfram, maestro experto en ámbar, a quienes más adelante reemplazarían Ernst Schacht y Gottfried Turau. **El encargo tardó trece años en completarse** y, aunque en un principio iba a ubicarse en el palacio de Charlottenburg, su destino fue el palacio de Berlín. [...] Y allí habría continuado, pasando desapercibido en la sofisticada vida de la corte prusiana, si no hubiera sido por una anécdota que cambiaría para siempre su destino. **En 1716, Pedro el Grande, zar de Rusia, visitó el palacio de Berlín y, tras perderse por sus laberínticos pasillos, descubrió por casualidad el pequeño gabinete de ámbar y se quedó fascinado.** [...] Así, cuando el nuevo rey, Federico Guillermo I, el hijo de Federico I, descubrió el interés del zar por la Cámara de Ámbar, comprendió que se encontraba ante una gran **oportunidad política**. En ese momento, **Prusia necesitaba la ayuda de Rusia en su guerra contra Suecia**, por lo que, sin dudarlo, le ofreció a Pedro I todos los paneles que decoraban el que fuera el gabinete privado de su madre como ofrenda de buena fe para forjar su alianza. Y funcionó.»

«**El 17 de octubre de 1941, las cajas que contenían los paneles de ámbar y el resto de la decoración llegaron a Königsberg (actual Kaliningrado) después de un largo recorrido por territorios en guerra.** En ese momento, la ciudad, antigua capital de la Prusia Oriental, pertenecía a Alemania. El encargado de recibir la cámara y custodiarla a partir de ese momento fue alguien clave en toda esta historia: Alfred Rohde.

Rohde era el conservador jefe del museo de la ciudad y un reconocido experto en ámbar. Él mismo había solicitado hacerse con los paneles. Durante las siguientes semanas, con ayuda de su equipo, Rohde procedió a ensamblar la Cámara de Ámbar en el piso superior del castillo de los Caballeros Teutónicos, también conocido como castillo de Königsberg, uno de los símbolos históricos de la ciudad.»

«**Poco después de la exposición, Alfred Rohde desmontó la sala y volvió a embalar cuidadosamente todo su contenido en cajas de madera, listas para poner rumbo a un incierto futuro.** Y esto es lo último que se sabe con certeza de la Cámara de Ámbar. A partir de aquí, **la pista se pierde** en un laberinto de rumores y testimonios confusos.»

«En **1997**, en Bremen, Alemania, **un misterioso señor X intentó vender el extracto de un mosaico que resultó ser uno de los que decoraban la Cámara de Ámbar.** Cuando las autoridades alemanas indagaron, descubrieron que se trataba de Hans Achterman, el hijo de un antiguo soldado conductor de camión de la Wehrmacht, que al parecer se había quedado con aquel trozo de historia en uno de sus traslados. Alemania devolvió el mosaico a Rusia, pero lo importante de este hecho es que, si ese fragmento sobrevivió, quizá también lo hiciese el resto de la cámara.»

«Sin embargo, **mi propuesta favorita es que la cámara podría encontrarse muy cerca de Königsberg**, a tan solo ocho kilómetros, en Deutschneudorf, en cuyo subsuelo se despliega una **red de más de tres kilómetros de minas que datan del siglo XVIII.** Curiosamente, existen registros que hacen referencia a cuatro camiones que partieron en esta dirección procedentes de Königsberg con la orden de circular solo de noche y, de nuevo, con una carga que no aparece detallada.»

El último Caravaggio

Palermo, Sicilia, madrugada del 17 al 18 de octubre de 1969

«Unos cristales se rompieron, una ráfaga de aire y lluvia entró en el santuario y unas figuras oscuras se colaron a través de la abertura. El contorno de estas se fue dibujando poco a poco a la luz de sus linternas. [...] Rápidamente, se dirigieron al altar y, al subirse a él, tiraron al suelo los candelabros de plata. **Sacaron los cuchillos y se apresuraron a rasgar los bordes del lienzo para desprenderlo de su soporte.** Bajo el tembloroso halo azul de las linternas, **se vislumbraban retazos de una de las obras más impresionantes de la historia del arte:** las alas de un ángel en una postura imposible, el rostro cubierto de arrugas de un santo anciano, la bellísima mirada de una Virgen casi niña que acaba de dar a luz.»

«Acabamos de asistir al robo de *Natividad con san Francisco y san Lorenzo*, uno de los delitos de arte más importantes del siglo XX, aún sin resolver.

Caravaggio tendría unos treinta y siete años y atravesaba el tramo final — y más turbulento— de su vida cuando pintó esta obra, en 1609 (aunque algunas fuentes la consideran anterior, de 1600). Si se da por buena la fecha oficial, en ese momento **era un artista prófugo:** en 1606, había huido de Roma tras matar en un duelo a Ranuccio Tomassoni y, después, había vivido en Nápoles (1606-1607) y en Malta (1607-1608), donde ingresó en la Orden de Malta, de la que lo expulsaron por otro altercado violento. Tras escapar herido de la prisión maltesa, recaló en Sicilia a finales de 1608 buscando refugio y, quizá, el favor de viejos amigos. **Pintar la *Natividad* para la Cofradía de San Lorenzo debió de ser una forma de ganar dinero y prestigio mientras se ocultaba en Palermo, a la espera de volver a Roma perdonado.**»

«[...] **¿quiénes la robaron y qué pretendían hacer con ella si era casi imposible de vender en el mercado negro, dada su relevancia?** La respuesta tal vez se encuentre en una de las escasas pistas que hay sobre este caso: las **dos cartas** que recibió el padre Benedetto Rocco, el párroco de la iglesia, pocos días después del robo.

La primera misiva estaba **escrita a máquina y era breve:** «Tenemos el cuadro. Si desea volver a verlo, publique mañana mismo un anuncio en el Giornale di Sicilia y espere instrucciones». Ni firma ni cifra alguna, solo la orden. La segunda carta llegó cuatro días después, aunque esa vez **iba acompañada de un rectángulo de tela ennegrecida:** un trozo arrancado con cuidado del borde de la pintura, algo similar a la prueba de vida que habitualmente se envía en un secuestro. No obstante, el tono cambiaba: «Si se involucra la policía, el Caravaggio pagará las consecuencias.»

«Un lienzo de casi tres metros no desaparece sin ayuda logística, de modo que **dirigieron la atención al puerto** y a los almacenes que rodeaban la estación marítima, territorio bajo el control de Gaetano Badalamenti. El nombre del **capo** apareció por primera vez en un informe de 1970 que describía «una tela de grandes dimensiones trasladada de noche a una finca en Cinisi». El documento no incluía pruebas fotográficas ni testigos directos, pero **bastó para que la magistratura siciliana iniciara un sumario.** Esa fue la primera vez que la *Natividad* se vinculó formalmente a la Cosa Nostra.»

«En los años ochenta, llegaron los **primeros testimonios de *pentiti*** ('arrepentidos'). Francesco Marino Mannoia **declaró ante el juez Falcone que la pintura se había dañado al desenrollarla y la habían quemado por miedo a que la policía encontrara fibras**. Sin embargo, su versión se desmoronó cuando los investigadores comprobaron que en la época del robo él aún no formaba parte de la familia que mencionaba. Pese a la confusión, su relato consolidó la hipótesis de que el lienzo se hallaba en manos de la mafia: los ladrones originales, quienesquiera que fueran, **habían cedido el trofeo a la cúpula de Palermo.**»

«Casi sesenta años después del asalto, **la investigación sigue abierta y el caso se encuentra entre los principales robos de arte sin resolver del FBI**. A pesar de los muchos esfuerzos de la Tutela del Patrimonio Culturale (la división de la Policía italiana encargada de los delitos contra el patrimonio) no se ha avanzado nada y sigue sin saberse qué fue de la obra.»

Stéphane Breitwieser, por amor al arte

Gruyères, Suiza, 1995

«Si nos cruzáramos con él por la calle, es probable que no le dedicáramos mucha atención. **Un hombre de mediana edad, de complexión normal y mirada huidiza; no parece que haya nada en él fuera de lo común.** Y, sin embargo, su gran arma era precisamente esa aparente normalidad, esa capacidad de pasar desapercibido.

Stéphane Breitwieser fue uno de los mayores ladrones de arte del mundo. Él mismo ha reconocido haber robado **239 obras de arte**, valoradas en más de 1.000 millones de euros, **procedentes de unos 170 museos, iglesias, galerías y casas de subastas.**»

«Breitwieser estaba considerado por *The Guardian* «el ladrón de arte más eficaz del mundo» y **jamás utilizó armas ni nadie resultó herido** en ninguna de sus numerosas incursiones. **Tampoco vendía las obras**; se limitaba a acumularlas para disfrutar de su belleza en privado.»

«De todas las historias de este libro, esta es una de las más increíbles a la par que alarmantes. **Pone en evidencia la fragilidad de las figuras sobre las que recae la protección de nuestro patrimonio y la impunidad** con que actúan quienes delinquen contra ellas. Y resulta inquietante el hecho de que nunca sabemos a quién tenemos delante.»

«Se cree que Stéphane Breitwieser cometió su **primer robo de arte reconocido en 1995**, cuando tenía veinticuatro años. Estaba de visita en el castillo medieval de Gruyères, en Suiza, con su novia, la joven enfermera Anne-Catherine Kleinklaus. Allí, Breitwieser se quedó prendado de una **pequeña pintura de Christian Wilhelm Ernst Dietrich y, como si de un juego se tratara, la pareja decidió robarla**. Así, mientras ella vigilaba fuera de la sala, él desmontó el cuadro y lo ocultó bajo su chaqueta. Después, ambos salieron tranquilamente del museo.»

«No contaban con herramientas ni empleaban mecanismos sofisticados; utilizaban objetos cotidianos, como destornilladores y pinzas. **Nunca rompían nada: desmontaban las vitrinas y volvían a colocarlas en su sitio.** Para evitar que los guardias y visitantes dieran la voz de alarma de inmediato, **dejaban tarjetas con la leyenda «Objeto retirado para estudio» en las estanterías vacías.** Según el propio Breitwieser, en algunos museos pasaban semanas o incluso meses antes de que se dieran cuenta de la desaparición de los objetos.»

«Cada vez más seguros de sí mismos, Breitwieser y Kleinklaus comenzaron una **oleada de crímenes**, como unos Bonnie y Clyde de nuestra época. Recorrieron museos, iglesias, pequeñas galerías y casas de subastas por toda Europa. No dudaban en asaltar repetidamente los mismos sitios, a veces con solo días o incluso horas de diferencia. **Hablaban con los guardias de un museo a mitad del robo, se unían a visitas guiadas y hasta conversaban con la policía.**»

«Durante los seis años que duró su carrera delictiva, **Breitwieser acumuló alrededor de 250 objetos artísticos** (300 según escribió él mismo en su biografía), con un valor de al menos 1.500 millones de dólares. Sus piezas favoritas eran, en primer lugar, la pintura *Sibila de Cléveris* (c. 1526), de Lucas Cranach el Viejo, un óleo sobre tabla robado del castillo nuevo de Baden-Baden, en Alemania, cuando estaba a punto de ser subastada en Sotheby's con una estimación de 5 millones de euros. En segundo lugar, una pequeña talla de marfil, *Adán y Eva* (1627), de Georg Petel, que **robó de la casa de Rubens de Amberes, en Bélgica**, la cual conservaba en su mesita de noche en el dormitorio de la casa de su madre.»

«Tan pronto apresaron a Stéphane, Anne-Catherine Kleinklaus avisó a la madre de este, Mireille Stengel. Como aún no habían alertado a las autoridades francesas, la señora Stengel **disfrutó de diecinueve días completos para eliminar cualquier prueba que la inculpara a ella o a su hijo.** Así pues, ni corta ni perezosa, **destruyó las obras de arte** que su hijo conservaba en casa. Rompió en pedazos numerosas pinturas y arrojó los restos al triturador y al cubo de la basura.»

«El fiscal tachó a Stéphane Breitwieser de narcisista y egoísta y, en enero de 2005, **un tribunal de Estrasburgo lo condenó a tres años de prisión. Sin embargo, solo cumplió veintiséis meses.**

Por otra parte, la culpabilidad de Anne-Catherine Kleinklaus no pudo probarse, por lo que esta solo cumplió **seis meses de cárcel por el delito de receptación de objetos robados** por su entonces novio. Anne rompió con él y nunca más volvieron a verse. Tampoco se encontraron pruebas suficientes para involucrar a la madre de Breitwieser en los robos, de modo que **su condena de dieciocho meses se debió a la destrucción deliberada de las obras de arte.**»

«**Stéphane salió de prisión en 2006 y no dudó en continuar robando obras de arte.** En 2011, la policía encontró otras treinta piezas robadas en su casa, lo que resultó en otros tres años de prisión. Fue liberado en 2015, solo que esa vez tenía todas sus posesiones embargadas. Su madre le compró un coche y le pagaba el alquiler, pero él necesitaba dinero, así que volvió a las andadas: sustrajo piezas de pequeños museos, como el

Museo Arqueológico, situado en el norte de Estrasburgo, o el Museo de Cristal, cerca del anterior. Sin embargo, **ya no se hacía con piezas que le gustasen, pues su objetivo era muy distinto: venderlas para conseguir efectivo.»**

Ariel

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Erica Aspas | RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO

689 77 19 80 | easpas@planeta.es